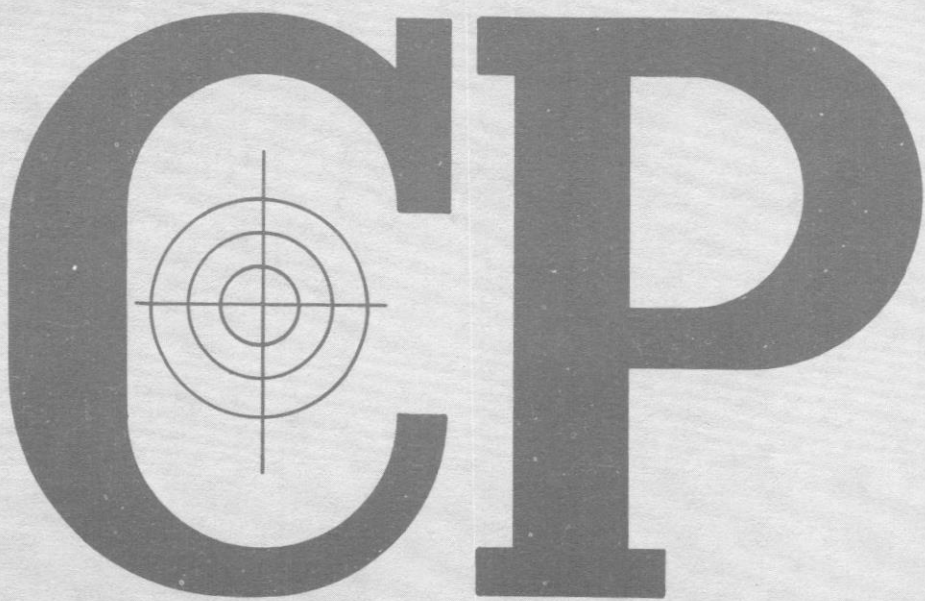


CP

The logo consists of the letters 'C' and 'P' in a large, bold, sans-serif font. Inside the 'C', there is a target symbol composed of three concentric circles and a central crosshair.

CIENCIA Y POLITICA

Soñar una América unida*

BELISARIO BETANCUR CUARTAS

"... como si de algún modo ya conociera los hechos ulteriores, ya había empezado a vislumbrarlos, tal vez; ya era la que sería..."

BORGES (en "Emma Zunz")

Preámbulo: Hablar soñando

En uno de sus últimos libros, *"Hablar soñando y otras alucinaciones"*, nuestro poeta Eduardo Carranza describió la vida humana enriquecida por el mundo de las ilusiones; otro colombiano caro a la Organización, el ingeniero Carlos Sanz de Santamaría, al analizar las relaciones interamericanas señalaba que "les faltaron más poetas que políticos". Y tenían razón porque sabemos que desde el viejo amigo Aristóteles, la ciencia política es quizá la más ensoñadora y cautivante de las actividades del *zoon politikon*.

Rodeado ahora por las sombras tutelares del periplo americano, deseo invitarlos a que soñemos en América, plasmando esperanzas de unión e integración con aquellas ensoñaciones o alucinaciones.

El Pluralismo recíproco

Señor Secretario General, señores Embajadores Miembros del Consejo Permanente, Señoras y Señores:

* Palabras del Presidente de la República de Colombia Belisario Betancur ante la Organización de Estados Americanos (OEA), en Washington.

Es grato y honroso hablar en este foro por excelencia del Continente, enriquecido por los frescos vientos democráticos que soplan en la región: recibimos con alegría los nuevos gobiernos de Uruguay y Brasil, preuncio de otros más, pero hemos de advertir que así como nuestros países regresan voluntariamente a la democracia, esperan comprensión y cooperación, para que lo que hoy es esperanza naciente no sea mañana decepción.

Este escenario estremece. Se ven, casi se tocan, las sombras tutelares. Se oyen sus voces. Un eco polifónico las repite. Sus ilustres continuadores aquí presentes, las adecúan a los reclamos de la hora. "La Organización no es sino una forma de nuestra conducta como Estados, y si ella va mal a nadie podemos culpar, ni enderezamos los entuertos creando otra maquinaria, ensanchando la presente con extravagancia o disminuyéndola con mezquindad", decía uno de los grandes de la OEA, nuestro Alberto Lleras. Y estaba en lo cierto: aquí nos encontramos con nosotros mismos, nosotros con nuestros antepasados chibchas, los cuales, según la mitología Khogui, eran unos sabios porque gustaban de reunirse a dialogar con su propio corazón.

Fue por eso por lo que la delegación colombiana pidió en la Asamblea General en Brasil, la actualización de los instrumentos básicos de la Carta de la OEA, según el repertorio de experiencias creadoras aunque en ocasiones dolorosas: para fortalecerla, hacerla más dinámica, convertirla en el magno foro político de la región, donde participen todos los actores de la realidad hemisférica y se diriman todas nuestras transitorias diferencias.

Consagrado como está el principio del pluralismo político, abrimos puertas y ventanas ante la eventualidad de que otros países de la región, cuando lo quieran, con arreglo a los estatutos, formen parte del Organismo en cuyo aire se respire lo que los colombianos llamamos el *pluralismo recíproco* que un deber-ser universal nos dicta, síntesis de la no intervención, la autodeterminación y la solución pacífica de los conflictos.

La OEA y Contadora

Y puesto que estamos dialogando con nuestro propio corazón, hablemos sobre el hecho de que haya sido el "Grupo de Contadora" y no la OEA, el que buscara soluciones al conflicto centroamericana-

no. Empecemos por confesar que Contadora llenó un espacio de coyuntura cuando ni el sistema, ni la Carta, ni el Pacto de Bogotá, poseían instrumentos y capacidad para mediar en los umbrales críticos del área: Contadora surgió como necesidad y no como protagonismo cuadrangular, según se analizara hace poco en la "Cátedra de América" en Bogotá, dirigida por Germán Arciniegas.

Existen, pues, vacíos que añadidos al descaecimiento de la OEA en sus últimos años, la sustrajeron de los apremios del hemisferio: esta es una realidad histórica para retener, a fin de enfrentar el futuro con mayores seguridades de acierto.

Al final de 1985, nuestra Cartagena de Indias servirá de sede a la Asamblea Ordinaria y aspiramos a que también sirva de sede a la Asamblea Especial: con los estudios desde 1973 y los que ahora se adelantan, revitalizaremos este escenario de reflexión y decisión sobre nuestras expectativas y ensoñaciones bolivarianas, empezando por penetrar con rigor y aún con dolor, en las fuentes de nuestro atraso. Y para dotar a nuestra Organización de una estructura y de una capacidad operativa, que la mantenga sobre el pulso de las palpitaciones hemisféricas: la paz, la deuda, la intervención ajena. . . Como Quetzalcóatl, el dios mexicano que luchaba contra su apariencia para afirmar su identidad, aparecerán entonces nuestros países resplandecientes en donde existen tantas inmanencias intactas para poner en acción.

Tendencia a la jerarquización

Es retador el profundizar en las raíces del atraso de Latinoamérica: afirmo que no se origina en nuestra entidad moral, porque en el orden de la voluntad, los ideales y los valores, el alma latinoamericana no le va a la zaga a ninguna nación civilizada. Sucede, sí, que cualquiera sea la voluntad moral, la vida económica adquiere la figura de un proceso natural, con sus leyes de evolución y estructuración; y en ese proceso se distribuyen desigualmente la riqueza y las iniciativas.

La universalización de tal sociedad económica, encuentra catalizador en la jerarquización por la cual se forman centros de poder que ejercen función unificadora: tal tendencia jerarquizante, civilizadora y progresista en su origen, cambia de signo cuando los grupos sociales o las naciones que actúan como líderes sucumben a la ten-

tación del poder, porque entonces les importa menos su función de centros de expansión de una forma de vida social determinada y actúan con el solo criterio de consolidar su predominio. El liderazgo de los grupos sociales se convierte en señorío, y el de las naciones en imperialismo. La fuerza material alcanzada en el proceso espontáneo de jerarquización se transmuta para servir a los fines de dominio, y los ideales morales y civilizadores que estuvieron en el origen del proceso, son olvidados cada vez que así conviene a los intereses egoístas de los poderosos, desde luego con sacrificio para nuestras comunidades carenciales.

Paz y democracia, las sacrificadas

Es lo que sucede cuando, en el interior de nuestros países, los privilegios se perpetúan, indiferentes a la miseria de las masas, creando situaciones explosivas que les sirven de argumento para entronizar regímenes de fuerza útiles a sus negocios. Y lo que sucede cuando en el campo internacional, los países líderes emplean su fuerza de negociación económica para explotar, por canales comerciales y financieros, a los países débiles, a fin de mantenerlos en posición subalterna. Lo cual crea situaciones igualmente explosivas que conducen a las naciones poderosas a apoyar regímenes de fuerza erigidos en la periferia, e incluso a utilizar su propia fuerza militar en la restauración de un orden, que es "su orden".

La democracia es el valor sacrificado en estas evoluciones: también la paz. Porque donde quiera que la democracia echa raíces en los espíritus cual signo mayor de la civilización, —tal como pasa ahora en América Latina—, los brotes de barbarie que perturban la paz social no son atribuidos a las disidencias o a la esquizofrenia supérstite, sino considerados como signos de la crisis intrínseca de la democracia.

La metáfora de la cadena

De consiguiente, son los poderosos quienes cometen el pecado original contra la democracia y contra la paz. Sólo que su responsabilidad se soslaya detrás del hecho de que la rebelión corre en la historia por cuenta de los oprimidos, dándole así razón a la conocida metáfora: "Una cadena es tan fuerte, como el más débil de sus eslabones".

Pues bien, desde posiciones filosóficas transparentes y rotundas,

nosotros decimos: se puede evitar que la democracia estalle en añicos, en masas que desesperen de redimir su miseria. Doy testimonio de primera mano, como dirigente de una zona en la cual se entremezclan la valoración de la democracia y el padecimiento de la pobreza, en flujo dialéctico que signa nuestros dramas históricos y recorre nuestro tejido social.

En Colombia ocurre que tenemos una economía industrial, comercial y financiera avanzada, que ocupa a un sector minoritario de la fuerza de trabajo. Al lado, vastas masas en el campo y crecientemente en las ciudades, sobreviven al margen del aparato productivo, en actividades que disfrazan su desocupación, con ingresos precarios, en tanto que las altas tasas de interés y las consiguientes limitaciones del gasto público comprometen su nutrición, su salud y su educación: yo mismo soy uno de los cinco sobrevivientes de un hogar de 22 en que los demás murieron de subdesarrollo. Hay un país formal y un país real superpuestos, que convierten la marginalidad característica del subdesarrollo en un bloqueo, ante el cual desesperan tanto los espíritus sensibles como los que sufren los efectos de la miseria: no es extraño que entre los primeros surjan los dirigentes de la subversión, que teorizan y encabezan la rebelión cuando la democracia no les da respuestas; ni es extraño que las masas sean presa fácil de su seducción, mientras las altas clases se obstinan en que sus privilegios les sean mantenidos con represión. Es entonces cuando surge el fenómeno de la confabulación de los contrarios. Pero la culpa no es solamente de los subversivos sino también de las situaciones subversivas.

Una ironía histórica

La marginalidad interior se duplica en el plano de las relaciones internacionales, de una posición periférica que hace que nuestras naciones lleven la peor parte en el juego de las fuerzas económicas.

El deterioro de los términos de intercambio es una tendencia que se cumple inexorablemente para nuestras naciones, a pesar de que sus reservas de materias primas sean en ciertos casos percederas y de que los productos que importan reduzcan sus costos con los avances tecnológicos. La fuerza y la debilidad relativas de las economías nacionales, cuentan aquí más que las leyes del mercado, como ocurre con los monopolios.

Se conoce también la ironía histórica que convierte a muchos de

nuestros países en exportadores netos de capital, como resultado de un endeudamiento inevitable; que, para colmo de males, no responde siempre a los requerimientos de programas de desarrollo coherentes, sino que a veces es inducido por las necesidades de colocación de los prestamistas: bien sabemos que el servicio de la deuda a corto plazo de América Latina, absorbe hoy más del 50 por ciento de sus exportaciones, y el año último el pago de intereses representó la tercera parte de éstas.

Quienes mantenemos adhesión incondicionada a la democracia, no queremos ser meramente testimoniales ante estas evoluciones, cual coro de tragedia griega.

Como esperamos poco del curso natural de las cosas y del libre juego de fuerzas donde el más débil se vuelve cada día más débil, pensamos que la democracia y la paz son causas que dependen, principalmente hoy, de la acción consciente de todas las gentes involucradas en este cruce de caminos. Con razón dice Octavio Paz que cuando el Norte considera el mundo como algo que puede ser perfeccionado, nosotros lo consideramos como algo que puede ser redimido.

Interrogantes de fondo

Y los signos negativos se mantienen. Por ejemplo, después del Consenso de Cartagena varios países terminaron negociaciones de su deuda en forma más o menos satisfactoria y se registró además un descenso de 2.5 puntos en la tasa de interés internacional. No obstante, todavía hay que contestar dos interrogantes de fondo: ¿se podrá restablecer el proceso de desarrollo en América Latina?. ¿Hasta qué punto puede esperarse que se consolide el descenso de la tasa internacional de interés?.

La primera pregunta ha sido examinada recientemente por el profesor Klein (premio Nobel de Economía) en la revista "Comercio Exterior" de México: Klein proyecta el coeficiente de servicio de la deuda latinoamericana y concluye que no es tan obvio que nuestros países vayan a recuperar la dinámica de su desarrollo: el ingreso per cápita seguirá creciendo lentamente y el servicio de la deuda externa seguirá absorbiendo una altísima proporción de nuestros ingresos de divisas, a pesar de los acuerdos de reprogramación. Para cambiar este panorama habría que garantizar menores tasas de interés, mejores términos de intercambio, un flujo financiero neto

positivo y un mejor acceso a los mercados de los países industrializados.

Hacia atrás como los cangrejos

Las metas de la "Estrategia Internacional de Desarrollo" aprobadas por Naciones Unidas, no se están cumpliendo. El ingreso per cápita ha disminuído en muchos países y algunos han retrocedido (caminando hacia atrás, como los cangrejos) hasta 10 años en sus niveles de bienestar. El gran reto de la comunidad internacional en los próximos años, está en asegurar las condiciones para que los países en desarrollo, que representan más del 75% de la población del planeta, recuperen proustianamente el tiempo perdido y deriven mayores beneficios de la economía mundial.

El Primer Ministro del Japón, Nakasone, me comentó en carta de hace unas semanas que, a su juicio, el crecimiento económico en los países del Norte, no podrá mantenerse si no se reactivan las economías del Sur. Pero no está claro qué fuentes van a financiar el desarrollo de esos países del Sur: es evidente que tienen que fortalecer su promoción del ahorro interno; no obstante, estos recursos tendrán que ser complementados con el ahorro externo proveniente de países industrializados.

Algunos pesimistas piensan que la banca privada internacional seguirá reduciendo su exposición al riesgo en los países en desarrollo; y que, por tanto, esta fuente no jugará papel significativo en el futuro. Lo preocupante es que una contracción adicional del crédito de los bancos privados agudizaría la crisis del endeudamiento y llevaría a más altos costos: y de lo que se trata es de fortalecer la estabilidad del sistema financiero internacional, fortaleciendo a los deudores para que puedan pagar.

El Banco Mundial y el BID

Por eso abogo por reforzar los organismos multilaterales de crédito: para América Latina es vital contar con instituciones fuertes como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Centroamericano de Integración Económica, el Banco de Desarrollo del Caribe, la Corporación Andina de Fomento.

Estas instituciones han acumulado experiencia en evaluación de proyectos de inversión y diseño de estrategias. Diría que sus prés-

tamos benefician también a los países industrializados, ya que les permiten vender bienes de capital en cantidades mayores a su contribución financiera a ellas; de forma que si se debilitaran éstas, como lo han propuesto algunos analistas poco reflexivos, se complicaría en forma geométrica la solución del endeudamiento.

En cuanto a la tasa de interés, hay quienes opinan que podría aumentar como consecuencia de los desequilibrios fiscales de los países industrializados y especialmente del déficit fiscal de Estados Unidos. Aún sin ese ascenso la tasa continúa siendo alta, sobre todo si se tiene en cuenta el drástico descenso de la inflación en los países del Norte.

Frente a la posibilidad de una nueva alza de la tasa de interés, es conveniente estar listos a aplicar fórmulas como la limitación de intereses, propuesta por el señor Volcker del Federal Reserve Bank, y la creación de la ventanilla de compensación de Intereses del Fondo Monetario Internacional. Asimismo, es de justicia que los programas de ajuste para los países en desarrollo sean más flexibles, en la medida en que las dificultades de un país determinado se originen en fenómenos internacionales que escapan al control del respectivo gobierno.

En síntesis, la bomba del endeudamiento internacional no ha explotado, sólo ha sido desactivada en forma transitoria: si no hay mayor disciplina fiscal en el Norte y en el Sur; si no hay mecanismos de defensa para alzas repentinas de la tasa de interés; si los precios de los productos básicos siguen deprimidos y si no hay un sistema de financiamiento estable para los países en desarrollo, la bomba seguirá amenazando la estabilidad política y económica del mundo.

Por el contrario, si fortalecemos las instituciones y promovemos la cooperación, avanzaremos hacia sistemas económicos y políticos más libres, más eficientes y más equitativos. Se trata de que seamos capaces de poner la mano en el pecho, como el Caballero del Greco, para reconocer en qué hemos fallado. Y para corregir, seguros de que es mejor buscar soluciones en la certera estabilidad económica y social que convoque a nuestros pueblos a la mesa del progreso, que en la certera puntería de los cañones.

La idea de progreso

El concepto mismo de *progreso* ha sido objeto de controversia des-

de hace siglos. Mientras para el cristianismo la esencia del progreso es la plenitud espiritual, para otros el bienestar material es su componente esencial. En su monumental "*Estudio de la Historia*" Toynbee da múltiples ejemplos históricos de que existe relación inversa entre el progreso técnico y el moral; y afirma que el índice del progreso técnico puede utilizarse para predecir la decadencia moral de una sociedad.

Habrà quienes piensen que nuestra época es superior a la de nuestros antepasados y que la de nuestros descendientes será mejor, si una catástrofe nuclear no destruye el planeta. Y habrá, también, quienes entiendan que el progreso es ley inexorable de comportamiento humano y que la evolución de la especie conduce siempre a etapas más avanzadas de civilización.

Al terminar este segundo milenio, debemos reflexionar sobre la existencia o inexistencia de esta ley del progreso: en el área del progreso científico y tecnológico, el avance en los últimos 300 años ha sido continuo y nuestros físicos y biólogos de hoy entienden mejor fenómenos tan misteriosos que se atribuían a seres supranaturales.

Este desarrollo lo confirmé recientemente en Bogotá, con motivo de un simposio sobre enfermedades infecciosas, con la participación de numerosos científicos (entre ellos varios Premios Nobel): dicho encuentro permitió una evaluación de malaria, tuberculosis, hepatitis y polio; y concluir que antes del final del siglo tendremos este conjunto de enfermedades infecciosas bajo control, como consecuencia de nuevas vacunas sintéticas elaboradas con los métodos de la biotecnología.

En otras áreas de la experiencia humana como el arte, la política o la moral, la historia no parece apoyar la tesis de un progreso continuo: ¿quién puede afirmar válidamente que los regímenes de terror de Hitler y Stalin representan un estado superior de desarrollo político frente a la democracia ateniense?. ¿Hasta qué punto nuestros filósofos han superado a Platón y nuestros artistas a Da Vinci?. Ciertamente que en las ciencias humanas el concepto *progreso* no puede aplicarse con la facilidad que en las ciencias naturales. Me atrevería a afirmar que en estas áreas es más fácil retroceder que avanzar: el desarrollo espiritual exige austeridad y disciplina y reclama el refinamiento de nuestros sistemas políticos, éticos y morales.

También es obvio que el progreso técnico *per se*, no garantiza el ascenso evolutivo de la especie, como lo sugiere la carrera armamentista. ¿Quién puede afirmar que es deseable desde el punto de vista del ascenso moral y espiritual del hombre, concentrar los ahorros de la comunidad mundial para gastar más de un millón de dólares por minuto en la industria de la muerte y no asignarlos a programas urgentes de salud, educación y desarrollo?

La violencia congelada

Más de una vez nuestro siglo ha presenciado conflictos cuyos contendores enarbolan las mismas banderas y se trenzan en luchas encarnizadas profiriendo los mismos gritos de combate. Los que abrazamos la causa de la democracia y de la paz, debemos decir que ella es, principalmente para nosotros, libre juego del pensamiento, libertad de formular concepciones políticas y de organizarse para promoverlas, y espacio para convertir en gobierno la concepción que conquiste libremente una adhesión mayoritaria. Al revés, negamos que el concepto de democracia se aplique correctamente cuando designa a un régimen que reglamenta autoritariamente las ideas y las conciencias, por más que ello se haga con un propósito nivelador en atención a necesidades elementales.

El grado de igualitarismo que este tipo de régimen puede alcanzar, se ve compensado y excedido por una desigualdad política abismal, que asigna a una casta partidista el monopolio del gobierno y del pensamiento. La estabilidad eventual de dicho régimen no es una paz sino una violencia institucionalmente congelada.

La paz corresponde a la democracia

Y con respecto a la paz, decimos que ella no es solamente un cese de hostilidades como el que puede lograrse en regímenes totalitarios, o como el que puede establecerse por la fuerza o la negación en las relaciones internacionales. Ciertamente vale más un cese de hostilidades alcanzado por la dialéctica de la negociación, que por la persuasión de la fuerza. Pero mejor que la negociación es todavía la supresión del estado de guerra, como resultado de actos de razón que estirpen de raíz los motivos de la subversión.

Tal es la esencialidad del pensamiento de los países de Contadora: México, Venezuela, Panamá y Colombia, los cuales abogan porque se oiga la propia voz de los países centroamericanos, la voz pura y

diamantina de esas suaves patrias —como en el poema de Ramón López Velarde— que dirima y que junte en la dialéctica de la disparidad.

El movimiento de la paz corresponde por esencia a las voces libres, cuyo ordenamiento formal constituye un verdadero contrato social de paz. Esta verdad, válida en lo que los metafísicos llaman *el orden de las esencias*, debe advenir al plano de la realidad empírica: estamos en mora de que así ocurra. La vocación esencial de las democracias, las consagra históricamente a desempeñar el papel de abanderadas de la paz. Ello las compromete a un esfuerzo político global, que en el corto plazo se sirva de las herramientas de la negociación y en el largo plazo ponga en marcha estrategias que superen la marginalidad.

Practiquemos la democracia pero no la simulemos; la irracionalidad en la vida política genera la irracionalidad en la vida personal. Es un contrasentido desmoralizador combatir la intervención pero proclamarla y practicarla, porque la credibilidad del día se nos deslíe en la noche como los pescaditos de oro en la saga de los Buendía de García Márquez.

América Latina y el Caribe han despertado a la conciencia de su libertad. Por mucho tiempo estuvimos separados: las distancias, la selva del jaguar y la anaconda, los mares de las papiamentosas Antillas del ron y las patualesas islas del betún, que cantara Palés Matos; las altas cimas de los Andes impidieron que nos acercáramos como soñara Bolívar. Buscando soluciones arraigadas en las realidades nacionales, hemos aceptado el pluralismo porque en el estado actual de la historia no es viable la utopía de un estado capitalista mundial ni la utopía de un estado comunista mundial. Una corriente impetuosa empuja hacia el cambio en busca de salida, como aquella puerta abierta que dejara Velásquez al fondo de Meninas, la misma que el venezolano Tito Salas pintara al fondo de un lienzo deslumbrante y la que el dios Bochica abriera al bajar del cielo y romper con su vara mágica el Tequendama, puerta abierta, para que las aguas del diluvio se volcaran al mar y el Zipa le devolviera la sal a su hermano el Zaque.

A nosotros, hombres de América, nos corresponde enfrentar estos desafíos. Tal es el áspero optimismo que ofrecemos a nuestros pueblos: la solidaridad, hablándoles el lenguaje de los dioses que

pueblan el universo mágico de nuestros antepasados.

Se trata, pues, de hacer que nuestras patrias ingresen a la paz, la cual sabemos que les gusta tanto como aman la democracia y como prefieren la libertad. La paz, muchas veces se ha dicho, es trabajo más difícil que la guerra, puesto que mientras para la paz se necesita la decisión de al menos dos, para la guerra basta la demencia de uno solo.

Frente a esa amenaza trágica se oye la voz perenne de Neruda: como en la noche de un incendio, todos se levantaron. Sí, todos nos levantamos porque la paz es nuestro imperativo categórico, nuestro desvelo y nuestra obsesión. ¡La paz que sólo depende de nosotros! ¡Y de Dios!